

LA RISA, COMO ELEMENTO DE COMBATE

UNA sátira magistral y mortífera en aras del triunfo del Espíritu Humano sobre la Inhumanidad". Así calificó Eisenstein "El gran dictador", de Chaplin, dentro de un artículo —"Charlie the Kid"— que escribiera entre 1943 y 1944 y donde analizaba cómo el cineasta americano había pasado de presentar en sus películas conflictos entre "buenos" y "malos" a una mayor concreción social, a traducir esas dos categorías maniqueas en enfrentamientos de clase. "Tiempos modernos" y, sobre todo, "The great dictator" provocaban el entusiasmo de un Eisenstein que sabía valorar lo que de valentía y arrojo personal tenían estas dos obras chaplinianas. Un autor que se hallaba en la cima del éxito, reconocido mundialmente como uno de los grandes creadores cinematográficos, prefería abordar unos temas conflictivos, ante los que se dispararían las diversas posturas ideológicas, mejor que limitarse a vivir de las rentas y repetir las fórmulas de su propio triunfo...

Han pasado treinta y seis años desde "El gran dictador", treinta y seis años que para la censura española no parecían significar nada, pero dentro de los cuales diversas conmociones han sacudido al mundo. Es muy fácil atacar desde 1976 el "humanitarismo" que respiran en muchas ocasiones las imágenes

de Chaplin; es muy fácil criticar —tres décadas después de la derrota del nazismo— las indudables insuficiencias de la película cara a un juicio político en profundidad; es muy fácil mantener una postura displicente ante diversas secuencias del film, en especial su famoso discurso final. Pero no era todo tan fácil cuando Chaplin decidió abordar la empresa. "La voy a proyectar ante el público, aunque tenga que comprarme o mandarme construir un teatro para ello, y aunque el único espectador de la sala sea yo", afirmó Chaplin ante la cantidad de

tentes (según cuenta Villegas López en su biografía de Chaplin) en la amenaza de prohibir totalmente las películas norteamericanas en Alemania si el film se hacía realidad, lo que produjo una conmoción entre los financieros de Hollywood. Era demasiado que un extranjero como Chaplin, que se había ganado "mala fama" con "Tiempos modernos" y cuya vida sentimental escandalizaba a los sectores puritanos del país, pusiera ahora en peligro los excelentes rendimientos de un mercado como Alemania. El que allí dominase Hitler a ellos les

occidental" y denuncian la posible ridiculización que se va a efectuar sobre su héroe triunfante, y aquellos sectores de opinión aislacionistas, que consideran al film como beligerante, como una toma de postura que se puede interpretar como compartida por la generalidad del pueblo americano. Las gentes de extrema derecha presumen del "paseo militar" que para Hitler va a ser la guerra e insisten una y otra vez en la "indignidad" de que Estados Unidos se alinee contra el inmediato Emperador de Europa.

Chaplin trabaja sin contestar a las provocaciones y, tras superar todos los obstáculos, consigue estrenar "El gran dictador" el 15 de octubre de 1940 en Nueva York, coincidiendo con la entrada en París de las tropas nazis. "Los dictadores perecerán, y el poder que han usurpado al pueblo volverá al pueblo. ¡Y mientras existan hombres que sepan morir, la libertad no podrá perecer! Soldados, no os entreguéis a esos brutos..., hombres que os desprecian y os tratan como esclavos, hombres que regimentan vuestras vidas, imponen vuestros actos, vuestros pensamientos y vuestros sentimientos; que os amaestran, os hacen ayunar, os tratan como ganado y os utilizan como carne de cañón (...). Vosotros, el pueblo, tenéis el poder para

Fernando Lara

boicots y presiones con que la exhibición de "El gran dictador" se encontraba por todas partes. No era algo inesperado: desde el momento en que se supo cuál era el contenido del "proyecto número 6" de Chaplin, muchos esfuerzos se coaligaron para que nunca llegara a realizarse. La diplomacia alemana destinada en Estados Unidos se puso rápidamente en marcha y —a través del cónsul en Hollywood, Georg Gyssling, y el embajador en Washington— hizo saber el Gobierno americano su protesta oficial ante la futura película. Quizá incluso más importantes fueron las presiones a nivel económico, consis-

traía sin cuidado siempre que no cerrase las fronteras a sus productos. Arriesgarlo todo por una sátira del Führer era insensato...

Retirado a un lugar solitario, Chaplin preparó —sin embargo— con toda minuciosidad su proyecto a lo largo de año y medio. Y, precisamente, sólo unos cuantos días después de que se declarase la que había de ser segunda guerra mundial, comienza el rodaje: es el 9 de septiembre de 1939, y Chaplin aborda una larga filmación de seis meses. A las presiones antes citadas, se unen ahora las de dos nuevos grupos: aquellas que ven en Hitler al "salvador de la civilización



Refiriéndose al film de Chaplin, Eisenstein dijo en cierta ocasión: "Este pequeño peluquero puede estar tranquilo. Sus palabras de esperanza se convertirán en realidad: el fascismo será aniquilado".



Han pasado treinta y seis años desde "El gran dictador", treinta y seis años que para la censura española no parecían significar nada, pero dentro de los cuales diversas conmociones han sacudido al mundo.

crear esa vida libre y espléndida... para hacer de esa vida una radiante aventura. Entonces, en nombre de la democracia, utilicemos ese poder... ¡unámonos todos! (...) ¡Soldados!, en nombre de la Democracia, ¡unámonos!". Las palabras de Chaplin, en su papel de barbero judío disfrazado de dictador Hynkel, resuenan en las paredes de un cine neoyorquino ante la sorpresa o la animadversión de un típico público de estreno. Pero sus palabras, evidentemente, no van dirigidas a esos espectadores, sino a quienes van sintiendo sucesivamente la bota del invasor nazi. Se diría, incluso, que por un fenómeno de telepatía el discurso de Chaplin alcanza a esos franceses, a esos parisienses, que ven su país sojuzgado, a esos hombres y mujeres que ya están organizando la Resistencia como forma de lucha contra el invasor.

Pero también parece destinarse a las propias tropas alemanas que son movilizadas por sus generales sin participar muchas veces de las ansias expansionistas de éstos. Chaplin mantiene que "los soldados son la principal víctima de toda dictadura", por lo que pone un énfasis especial en las palabras que se refieren a ellos. Un énfasis que encuentra sólo hostilidad o incompreensión en la "première" de Nueva York.

Al día siguiente, las reacciones contra "El gran dictador" son casi unánimes en contra y se destina a la película al fracaso comercial. Sin embargo, pese a lo que lee en los periódicos (especialmente en los de la cadena Heatrs, enemigos tradicionales de Chaplin y cada vez más simpatizantes con la extrema derecha), el público acude y apoya con sus aplausos o sus comenta-

rios los propósitos de Chaplin. Las espadas quedan en alto por el momento. Dentro de muy poco, en cuanto empiece a funcionar el tristemente famoso Comité de Actividades Antiamericanas, Chaplin va a pagar cara su osadía. El haber atacado a Hitler en el momento de su esplendor, el haber mantenido tesis intervencionistas contra el imperialismo nazi, el haber contribuido a crear un ambiente en pro de la entrada de Estados Unidos en la guerra, es algo que la derecha americana no le va a perdonar.

Otro individuo de bigotito (algo más fino y estilizado que el del Führer) definirá pronto a Chaplin como "un individuo peligroso, que se las da de experto financiero y militar, cuando nunca fue más que un emboscado". Es el "galán" Robert Taylor quien habla así para

acusar al genial cineasta ante el Comité. Westbrook Pegler, un editorialista de fama dentro de los sectores conservadores, se refiere a "la intolerable injerencia en los asuntos americanos de un extranjero establecido en nuestro suelo desde hace treinta y cinco años, bien conocido por su ignominia moral, sus enormes deudas, su cobarde actitud durante las dos guerras mundiales y su vinculación confesada con los comunistas", al condenar el telegrama que Chaplin enviara a Picasso en noviembre de 1947 para solicitarle el apoyo de los intelectuales franceses e impedir la expulsión de Hans Eisler, el gran músico al que se quiere echar de Estados Unidos por "comunista"... Pero el telegrama es sólo el pretexto de algo que venía de tiempo atrás y que culminará con la expulsión del propio Chaplin el 18 de septiembre de 1952, en el momento de salir de las aguas jurisdiccionales americanas cuando inicia su viaje a Europa para presentar "Candilejas".

Creo que conviene recordar todo esto hoy, en la hora en que los españoles (mayores de dieciocho años o de catorce acompañados, y sufriendo un doblaje que jamás se debería haber efectuado) tenemos oportunidad de ver por fin "El gran dictador". Chaplin no fue sólo Charlot ni siempre Charlot. Hay en su trayectoria vital y artística un compromiso ideológico y ético que —marcado por todos los lastres que se quiera, desde ese humanitarismo citado hasta el que deriva de su adscripción a su liberalismo de izquierdas muy típicamente "rooseveltiano"— le llevó a adoptar posturas valientes y nada cómodas, como la trayectoria de "El gran dictador" demuestra. Eisenstein, otra vez, terminó con estas palabras su homenaje al film: "Este pequeño peluquero puede estar tranquilo. Sus palabras de esperanza se convertirán en realidad: el fascismo será aniquilado".

No, Chaplin no es ese ser gracioso y blandengue, tan propio de niños burgueses, que nos han dicho desde nuestra infancia. El hombre que es capaz de crear un discurso como el que imita onomatopéyicamente a los de Hitler, el cineasta que sabe predecir el efímero triunfo y la posterior destrucción del nazismo en la magistral secuencia del baile con el globo terráqueo, el autor que conoce los resortes mediante los cuales describir paradójicamente la esquizofrenia de Hitler o la megalomanía de Mussolini, es algo más, mucho más que el "hombrecillo" del bombín y el bastón. Chaplin respondió como nadie a la frase de Sadoul: "La risa es un legítimo elemento de combate". ■ F. L.